## §. XXIII.

### *Compendio de la moral cristiana.*

Mientras que el Salvador instruia de este modo á sus apóstoles, la reunion se habia engrosado estraordinariamente por el concurso del pueblo, que de todas partes venia en tropas para oir sus instrucciones; dirigiéndose por tanto á todos los que le escuchaban: «No creais, les dijo (*Matth.* 5), que yo he venido para abolir la ley y las profecías; el cielo y la tierra perecerán antes que dejen de cumplirse, y para cumplirlas es para lo que yo he venido al mundo; he venido para cumplir esta ley conforme á su espíritu y en toda su perfeccion, lo cual se habia ignorado hasta ahora.

«Los escribas y los fariseos hacen profesion de observar esta ley, y su aparente regularidad impone; pero si vuestra virtud no sobrepuja á la suya, no entraréis jamás en el reino de mi Padre. Hasta aquí no se ha exigido mas que tener horror al homicidio; pero yo os digo que la menor palabra injuriosa es un pecado. El sacrificio mas estimable será rechazado si en el corazon del que le ofrece se encuentra la menor frialdad. El adulterio es un gran crímen, mas yo os digo que basta un solo deseo criminal para hacerse reo. El menor pensamiento impuro debe rechazarse; y yo añado que el mas ligero consentimiento en él es un pecado mortal. La pureza que yo exijo es una virtud tan delicada, que el demasiado aire la seca, y el menor aliento la empaña. Si vuestro ojo derecho os escandaliza, arrancadle; es decir, si lo que teneis mas precioso y mas amado os sirve de ocasion de pecado, cortadlo, huidlo, haced sin dilacion el sacrificio de ello, cueste lo que costáre. Alejaos de todas las ocasiones peligrosas; el que ama el peligro perecerá en él. Todo divorcio está proscrito. Los juramentos vanos están igualmente prohibidos que el perjurio. No jureis jamás ni por el cielo, ni por la tierra, ni por criatura alguna; la verdad no tiene necesidad de tantos apoyos: contentaos con decir simplemente: esto es así, esto no es así; porque lo que se dice de mas procede de un mal principio.

«Vosotros habeis oido que se ha dicho (*Matth.* 5) ojo por ojo, y diente por diente; y yo os digo que no hagais resistencia si se os maltrata, antes bien si alguno os hiere en la mejilla derecha, presentadle tambien la otra; abandonad vuestra capa al que quiere litigar para hacerse con vuestro vestido; y cuando alguno, sea quien quiera, os estrecha para que deis mil pasos en servicio suyo, dad vosotros dos mil por su amor; hasta este punto quiero yo que formen vuestro carácter la caridad y la mansedumbre,



«Se os ha dicho hasta aquí, amarás á aquel con quien estás ligado por algun vínculo, y aborrecerás á tu enemigo; pero yo os digo, amad aun á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, rogad por los que os persiguen, y por los que os calumnian; no basta el no quererles mal, es menester tambien hacerles bien, y prevenirles por vuestros buenos servicios; porque ¿qué recompensa mereceis por amar á los que os aman? Los publicanos hacen otro tanto; y si vosotros no saludais mas que á vuestros hermanos, ¿qué es lo que haceis en esto de estraordinario? ¿No lo hacen los paganos mismos? imitad en esta parte la conducta de vuestro Padre celestial, y tratad cuanto os lo permitiere vuestra flaqueza de llegar á lo mas perfecto y mas elevado de la virtud.

«Decir únicamente de boca que se perdona el agravio que se nos ha hecho y la injuria que se ha recibido, es un puro cumplimiento que puede engañar á los hombres, pero no á Dios que quiere que se perdone de lo íntimo del corazon; y tened presente que el perdon de las injurias que concede uno á sus hermanos, es, por decirlo así, la medida del que debe esperar de Dios. Por lo demás la caridad que debeis tener con todo el mundo debe escluir todo juicio temerario y toda sospecha; á Dios solo es á quien pertenece todo juicio, y es usurparle sus derechos el constituirse juez de los sentimientos de los demás; ningun hombre debe juzgar de la intencion. Jamás hagais nada por respeto humano, y mucho menos por vanagloria; todo lo que entonces se trabaja es perdido, y lo que se hace por vanidad merece castigo: así que cuando hagais limosna, no sepa vuestra mano izquierda lo que hace la derecha. Dios no aprueba ni recompensa sino lo que se hace por su amor.

«Huid toda ostentacion en vuestras buenas obras, óbrase mal desde luego que se hace alarde del bien. No hagais nada por ser vistos y estimados de los hombres, la hipocresía es una impiedad doble. Amad la oracion; pero orad con humildad, con confianza, con fervor y con respeto.» A este punto, habiéndole pedido sus discípulos que les enseñase á orar, así como Juan habia enseñado á los suyos, les dijo: «Cuando hubiereis de orar, he aquí la oracion que debeis decir.

«Padre nuestro que estás en los cielos (*Matth.* 6), santificado sea tu nombre, vénganos el tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo: el pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos

á nuestros deudores, no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal. Amen. Por lo demás, cuando oreis, no imiteis á los hipócritas, los cuales se complacen de orar en pié en las sinagogas y en las encrucijadas, á fin de ser vistos de los hombres; en verdad os digo que recibieron ya su recompensa. Vosotros, cuando hubiereis de orar, entraos en vuestro aposento, y cerrando la puerta, orad á vuestro Padre secretamente, y vuestro Padre que ve lo mas secreto, os recompensará.

«Vaya la oracion acompañada del ayuno, esto es, de la mortificacion, y será eficaz; pero en vuestra mortificacion no imiteis á los hipócritas, que afectan aparecer pálidos y macilentos por la abstinencia; cuando ayuneis, procurad conservar un rostro alegre y sereno á fin de que Dios sea el único testigo de vuestra penitencia. No ambicioneis la condicion de los ricos y de los dichosos del siglo: la concupiscencia es la raiz de todo género de males. No junteis tesoros en la tierra en donde el robin y los gusanos lo consumen todo, y en donde los ladrones los escavan y roban; y aun cuando pusieseis vuestros tesoros á cubierto de estos accidentes, ¿qué llevariais de ellos al sepulcro? juntad tesoros en el cielo; porque allí donde está vuestro tesoro, allí está tambien vuestro corazon. Sed ricos en virtudes, en buenas obras; todas las riquezas de este mundo no son propiamente mas que espinas que punzan, la virtud sola es el verdadero tesoro.

## §. XXIV.

### *Continuacion de la moral de Jesucristo.*

«Servid á Dios con fervor y con fidelidad, y no os dé cuidado el agradar ó desagradar al mundo; vosotros no teneis nada que esperar de él. Ninguno puede servir á dos señores; y tened presente que vosotros no teneis otro Señor soberano mas que á Dios: servidle con confianza, y estad seguros que el que alimenta á los pájaros del cielo, y hace crecer los lirios del campo, no os olvidará en vuestras necesidades. Buscad ante todas las cosas el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará como por añadidura.

«Escusad á vuestros hermanos, sed indulgentes con ellos si quereis que ellos lo sean con vosotros. Cosa estraña, el que no ve una viga, por decirlo así, en su ojo, ve con frecuencia una paja en el de su hermano; escudriñanse escrupulosamente las menores imperfecciones del prójimo, pondéranse hasta sus menores defectos, se ven hasta los menores átomos, tiénese un celo ardiente y alguna vez inquieto, declámase eternamente por la reforma, y se pasan tranquilamente á sí mismos hasta las faltas mas groseras. Hipócritas, quitad primero la viga de vuestro ojo, y despues pensareis en quitar la paja del de vuestro hermano; empiece siempre vuestro celo por la reforma de vuestras costumbres.



«Fuera de esto, no olvideis jamás que de la misma medida de que os hubiereis servido para los demás, esa misma servirá tambien para vosotros; todo lo que quereis, pues, que hagan los hombres con vosotros, hacedlo del mismo modo con ellos. Guardaos bien de desconfiar nunca de la bondad de vuestro Padre celestial; dirigíos sin cesar á él con confianza, no temais que vuestra importunidad le incomode; por el contrario, no pocas veces difiere el conceder lo que se le pide por tener el placer de ser importunado. Pedid, y se os dará; buscad, y hallareis; llamad, y se os abrirá. Si no siempre se os concede lo que pedís, esto consiste en que muchas veces pedís lo que os es perjudicial; un buen padre jamás dará una piedra á un hijo que le pide pan.

«No ignoro, añadió, que en la práctica de estas máximas tan saludables encontrareis dificultades; yo tengo mucho gusto en advertiros de ellas, y daros al mismo tiempo los medios de vencerlas. La primera es el mal ejemplo del mayor número de los que se llaman discípulos mios, y no seguirán mis máximas y mis leyes; pero no sea jamás la regla que os propongais para obrar el mayor número, porque la puerta es ancha, y espacioso el camino que lleva á la perdicion, y este es el camino que sigue el mayor número. Por el contrario, el camino que lleva á la vida es estrecho, y apenas me atreveria á deciros cuan pequeño es el número de los que van por él. ¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino que lleva á la vida! (*Matth.* 7.) Vosotros comprendeis bien que la moral de que acabo de haceros el compendio, y las máximas que quiero inspiraros, no es otra cosa que la ley evangélica. Por mas que yo os asegure que mi yugo es suave y mi carga ligera, no serán mis máximas del gusto de los mundanos, y muchos hallarán mi moral demasiado austera: sin embargo, no hay otro camino que lleve al cielo; cualquiera otro mas fácil, mas ancho, estravia de él, y ved aquí por qué el número de los elegidos de Dios es tan pequeño. (*Luc.* 13.)» Habiéndole dicho alguno en órden á esto: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?» el Salvador eludió la respuesta temiendo, al parecer, el espantarles, y se contentó con decirle: «Esforzaos para

entrar por la puerta estrecha, porque os digo, en verdad, que muchos tratarán de entrar por ella, y no lo podrán conseguir por haberse estraviado demasiado.

«El otro peligro que debeis evitar y contra el que debeis estar alerta, son los falsos profetas, los hipócritas; guardaos de estos lobos rapaces disfrazados con piel de ovejas, que bajo un esterior modesto y compuesto, que no respira mas que la sencillez y la mansedumbre, tenderán lazos á vuestra simplicidad é inocencia: los unos lisonjeando la codicia y el amor propio se esforzarán para justificar el camino ancho con el ejemplo de la multitud, y con falsos raciocinios para haceros entrar en él: los otros haciendo alarde de un zelo falso, y deslumbrándoos con esterioridades seductivas y mortificadas, se esforzarán para estrechar mas todavía el camino estrecho y hacer la salvacion mas difícil de lo que es, y por este medio desanimar á muchos, amontonando cargas pesadas y que no pueden llevarse, para ponerlas sobre las espaldas de otros, mientras que estos hipócritas no quieren ni aun aplicarles un dedo. Por mas disfrazados, sin embargo, que estén, les conocereis sin duda por sus obras; un árbol malo no puede llevar buenos frutos. Tened presente que no todos los que me dicen, Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos Yo no juzgaré á los hombres conforme á su sistema, sino segun el mio: yo no conoceré por mios sino á los que hubieren hecho la voluntad de mi Padre, viviendo segun mis máximas y mi espíritu; el dia del juicio pondrá de manifiesto á todos estos profetas falsos, á todos estos hipócritas. Yo sé que muchos me dirán en aquel dia: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre? ¿no hemos arrojado en tu nombre los demonios? ¿no hemos predicado con buen suceso en tu nombre, dirigido con fruto, enseñado con esplendor? ¿no hemos hecho en tu nombre conversiones brillantes, gran número de buenas obras y milagros? y entonces yo les diré abiertamente: Jamás os he conocido por verdaderos discípulos mios: apartaos de mí, vosotros que haceis las obras de la iniquidad; vosotros habeis buscado vuestra gloria en vuestras mejores acciones, y de ningun modo la gloria de mi Padre; vosotros habeis predicado mas bien vuestra doctrina que la mia; habeis desmentido con vuestra conducta la santidad de la moral que ostentabais con fausto: á la verdad, yo he sacado mi gloria de vuestros trabajos; pero como no ha sido por mí por quien habeis trabajado, no es de mí de quien debeis esperar la recompensa; habeis trabajado sin utilidad, desde luego que en vuestros trabajos no habeis buscado mas que vuestro interés, que no habeis seguido sino vuestra inclinacion, y que no habeis hecho otra cosa mas que vuestra propia voluntad en vuestro ministerio.»



Tal fué el admirable sermon que Jesus hizo sobre el monte y en otras partes, y que se ha creido deber reunir aquí para compendiar esta historia. En él se contiene el resúmen de la doctrina divina del Salvador, desconocida hasta entonces de todos los hombres. Ni los antiguos patriarcas, ni los profetas tan iluminados habian podido hacer este descubrimiento, su vista era muy limitada para alcanzar tan alto: solo el que la habia bebido en el seno del mismo Dios fué el que pudo hacerla inteligible. Una moral tan santa, tan pura, tan perfecta, tan sublime, no podia aprenderse mas que en la escuela del Hijo de Dios. Seria menester trascribir palabra por palabra todo el Evangelio, si se quisiera referir aquí toda la doctrina sagrada de Jesucristo, lo mismo que si se quisieran contar todas las maravillas que Jesucristo ha hecho durante su vida mortal; los libros que para esto seria necesario escribir, como dice S. Juan, no podrian contenerse en el mundo entero

## §. XXV.

### *Otros milagros de Jesucristo.*

Habiendo bajado el Salvador del monte en donde acababa de instruir á sus discípulos, y á todos los que allí se habian juntado, llegó un leproso y se echó á sus pies: mandóle Jesus que se levantase, y se levantó limpio de su lepra. En seguida, al entrar en Cafarnaum, los principales judíos de la ciudad le rogaron que curase á un enfermo que se hallaba en el último peligro; era el criado del centurion, esto es, de un oficial romano que mandaba cien soldados; era este gentil, pero amaba á los judíos, y aun les habia hecho edificar una sinagoga. Púsose luego Jesus en camino para ir á su casa; pero el oficial salió al encuentro á Jesus, y le dijo (*Luc.* 7.): «Señor, no os incomodeis, porque yo no merezco que entreis en mi casa, ni aun me he creido digno de veniros á buscar; decid una palabra, y mi criado quedará curado.» Agradó al Salvador esta fe tan viva, y volviéndose hácia el pueblo que le seguia: «En verdad, les dijo, que no he hallado tanta fe en Israel. ¡Ah, añadió, cuantos estranjeros tendrán parte en la herencia celestial, de la cual serán privados los que debian ser primeros herederos en cualidad de hijos!» Despues dirigiéndose al centurion: «Ve, le dijo, y suceda conforme has creido;» y en la misma hora vinieron á decirle que su criado gozaba de perfecta salud.

Habiéndole preguntado algunos de los discípulos de Juan Bautista, por qué sus discípulos no ayunaban, mientras que ellos pasaban su vida en el ayuno: «¿Querriais, les dijo, que los amigos del Esposo estuviesen en la afliccion cuando el Esposo está con ellos? vendrá dia en que se les quitará el Esposo, y entonces ayunarán, y su ayuno será mucho mas austero que el vuestro.»

Yendo Jesus pocos dias despues á la ciudad de Naim, encontró en la puerta de la ciudad el acompañamiento de un jóven que llevaban á enterrar; era un hijo único, cuya madre que le acompañaba desconsolada, era viuda. Movido de compasion el Salvador hácia ella. «No llores,» la dijo, y acercándose al féretro, le tocó con la mano, y dijo al muerto: «Jóven, levántate, yo te lo mando;» inmediatamente se sentó el muerto, y comenzó á hablar; y tomándole Jesus de la mano, le volvió vivo á su madre. No es posible decir cuál fué la admiracion de todos los que estaban presentes: «Jamás se ha visto cosa semejante, decian entre sí, poseidos de un santo asombro. ¿Hubo nunca un profeta tan grande?» La fama de este prodigio se estendió bien pronto en todo el país; ninguno habia que no ansiase por ver y oir á este obrador de milagros.

Habiendo ido los discípulos de S. Juan á ver á su maestro en su prision, le contaron todas estas maravillas, y el asombro que manifestaban dió á conocer bien claro al santo Precursor que aunque repetidas veces y tan claramente les habia dicho que Jesus era el Mesías, no estaban todavía persuadidos de ello; por tanto quiso que fuesen á convencerse por sí mismos. Habiendo, pues, ido los discípulos de Juan á ver al Salvador: «Juan Bautista, le dijeron, nos ha enviado para saber de tí, si eres tú el que debe venir, ó si debemos esperar otro.»

El Salvador que estaba rodeado de una gran muchedumbre, no les respondió desde luego; sin embargo, curó en su presencia á todos los enfermos que habian venido á buscarle, é hizo á su vista un gran número de milagros: despues dirigiéndose á los discípulos de Juan: «Id, les dijo, y contad á vuestro maestro todo lo que acabais de ver: decidle que los ciegos ven, que los cojos andan con regularidad, que los leprosos quedan limpios, que los sordos oyen, que los muertos resucitan, y que es dichoso cualquiera que no se escandalizáre de mí, esto es, cualquiera que no dudáre de mi divinidad, viéndome al parecer hombre como los demás; dichosos los que permanecieren firmes en la fe, cuando me verán oprimido por mis enemigos, escarnecido, cubierto de salivas, harto de oprobios; dichosos, en fin, aquellos



á quienes no desanimarán mis padecimientos, y para los que mis humillaciones y mi muerte no serán motivo de escándalo.» El Salvador hizo en seguida un magnífico elogio de S. Juan, echando vivamente en cara á los fariseos que estaban presentes, la poca impresion que habian hecho en ellos las palabras y los ejemplos de este santo hombre.

## §. XXVI.

*Conversion de la mujer pecadora, y parábolas que Jesus propone al pueblo.*

Aun cuando el Salvador no contemporizaba con los hipócritas, nada omitia, sin embargo, para ganarles, y para convertirles, hasta comer con ellos cuando se lo suplicaban, y preveia el fruto de esta amable complacencia.

Estando un dia á la mesa en casa de Simon el fariseo, una mujer muy desacreditada en la ciudad por sus costumbres vino allí á buscarle penetrada de un vivo arrepentimiento de sus crímenes, el cual habian escitado en su corazon las exhortaciones de este divino Salvador: como Jesus estaba tendido sobre un lecho de mesa, á la manera del país, manteniéndose ella por detrás á los pies de Jesus, no cesaba de regarlos con sus lágrimas, enjugábalos con sus cabellos, besábalos y derramaba sobre ellos un aceite oloroso que traia en un vaso de alabastro. Al ver esto el fariseo que habia convidado á Jesus, decia entre sí: «Si este fuese un profeta, sabria sin duda quién es la que le besa los pies. (*Luc.* 7.)» El Salvador, que penetraba su pensamiento, le demostró bien que nada estaba oculto para él; y tomando la palabra hizo la apología de aquella ilustre penitente por una alegoría que hacia comprender al fariseo que la perfecta contricion de aquella pecadora, de la cual daba pruebas tan brillantes, hacia su alma estraordinariamente agradable á Dios. «Se le han perdonado muchos pecados, añadió, porque ha amado mucho;» despues volviéndose á la mujer: «Vete, la dijo, tu fe te ha salvado, te se han perdonado todos tus pecados; vete en paz.» Esta remision de los pecados dió mucho que pensar á los que estaban á la mesa: «¿Quién es este hombre, decian entre sí mismos, que remite así los pecados?» La conversion de esta mujer, hasta entonces pecadora, fué tan perfecta, que desde aquel momento se hizo una de las mas fervorosas discípulas del Salvador, siguiéndole despues á todas partes hasta los pies de la cruz en el Calvario.

Despues de esta insigne conversion el Salvador acompañado

de sus apóstoles recorrió la mayor parte de las ciudades y de las aldeas de la Galilea, anunciando por todas partes el reino de Dios, enseñando el camino de la salvacion, y confirmando en todas partes la santidad de su doctrina con un número infinito de milagros; y acomodándose al genio del país, apenas hablaba al pueblo mas que en parábolas.

Sirvióse de la del sembrador para esplicar los diferentes efectos de la palabra de Dios, con relacion á las diferentes disposiciones de los que la escuchaban; de la de la zizaña sembrada por malicia entre el buen grano, para significar los malos que se toleran en el campo del Señor con los buenos, pero que se apartan despues para ser arrojados al fuego con la paja. La parábola del grano de mostaza que, aunque la mas pequeña de las semillas, crece tanto que llega á ser la mayor de todas las plantas, sobre la cual vienen á posar los pájaros del cielo, nos propone la figura de una alma verdaderamente humilde; la de la levadura que se estiende por toda la masa, y la hace fermentar, significa la pureza de intencion; como la perla fina por la cual el negociante da toda su hacienda y el tesoro escondido, son la figura de la salvacion eterna por la que debe el hombre sacrificar todo lo que tiene en el mundo. Queriendo dar á conocer los funestos efectos de la recaida en el pecado, se sirve de la parábola del fuerte armado, que habiendo sido arrojado de una casa, vuelve con mayores fuerzas, entra en ella á mano armada, se fortifica allí, y no se le arroja ya mas.

La parábola de los convidados al festin, que con frívolos pretestos se niegan á ir á él, el uno para ir á ver su nueva casa de campo, el otro para ir á probar cinco pares de bueyes que habia comprado, este por su matrimonio, aquel por su comercio y otros embarazos; esta parábola, digo, pinta con demasiada claridad la indiferencia de los que se alejan de la sagrada mesa, y que por su apego á la tierra se hacen indignos del banquete de las bodas del Cordero. La parábola del hijo pródigo es una de las mas especificadas y mejor circunstanciadas: tan natural es el retrato que hace de una alma que se aleja de Dios, y tan bien describe todos los pasos del pecador en todos los desarreglos de su vida, como representa todos los medios de la divina misericordia, los conductos admirables de que Dios se sirve para convertir al pecador, y con que bondad le recibe luego que se vuelve á él.

Que sea una historia la del mal rico (*Luc.* 16), como lo creen la mayor parte, ó una simple parábola como piensan algunos otros, nada manifiesta mejor las desgracias infinitas de los



dichosos del siglo que viven olvidados de Dios, ni las ventajas de una vida humilde y paciente cuando está animada de una paciencia cristiana. En fin, queriendo dar el Salvador una imágen sensible de su Iglesia: «El reino de los cielos, decia (*Matth.* 13), es semejante á una red que habiendo sido arrojada al mar recoge todo género de peces buenos y malos, los cuales se separan despues en la ribera, poniendo aparte en vasijas los buenos, y arrojando los malos. Así serán separados en el dia del juicio los elegidos de Dios de los réprobos.» Acomodándose de este modo el Salvador al alcance de un pueblo enteramente terreno y grosero les hacia sensibles las verdades mas espirituales, y por medio de estas comparaciones sencillas y familiares les desenvolvia los misterios mas ocultos, cumpliéndose puntualmente en esto lo que habia dicho de él el profeta (*salmo* 77.) : *Yo os hablaré por figuras.*

Habiendo despedido Jesus las turbas que le escuchaban, entró en una barca con sus discípulos para pasar á la otra parte del lago. Apenas habian entrado en alta mar cuando se levantó una gran borrasca, de modo que las olas cubrian la barca. Jesus entre tanto dormia; los discípulos asustados por el miedo le despertaron, clamando: «Señor, sálvanos que somos perdidos. (*Matth.* 8.) —Gentes de poca fe, les respondió el Salvador, ¿por qué teneis miedo? ¿cuando estais conmigo qué teneis que temer? Vuestro temor demuestra bien que no me conoceis mas que á medias;» despues levantándose, mandó á los vientos y al mar, y al instante quedó en calma. Entonces esclamaron todos: «¿Qué hombre es este á quien los vientos y el mar obedecen?» Habiendo saltado en tierra libró á los poseidos furiosos que gritaban: «Jesus, Hijo de Dios, ¿por qué vienes aquí á atormentarnos antes de tiempo?» Uno de ellos estaba poseido de una legion de demonios, que constriñidos en fuerza de la órden del Salvador á salir del cuerpo de aquel hombre, le pidieron el permiso para entrar en un rebaño de puercos que pasaba por allí; permitióselo, y al momento todos aquellos animales se precipitaron al mar en donde perecieron; bella figura de lo que sucede al pecador impenitente. Poco despues una mujer que hacia doce años padecia un flujo de sangre, quedó instantáneamente curada con solo tocar la orla de su vestido. Al mismo tiempo llegó uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, el cual se arrojó á sus pies, suplicándole que entrase en su casa, porque no tenia mas que una hija de doce años y se le moria; dignóse el Salvador ir allá, pero á la mitad del camino vinieron á decirle á Jairo que su hija habia muerto, y que podia escusar á Jesus el trabajo de ir mas léjos:

mas el Salvador consolando á aquel padre afligido : «No temas, le dijo, solamente cree en mí, y tu hija se salva.» Llegados á la casa la encontró toda en un llanto, y se enterneció: «No lloreis, dijo, la niña no está muerta, no hace mas que dormir;» esto es, no está muerta para mucho tiempo; el estado en que se halla no debe considerarse mas que como un sueño, del cual me es tan fácil hacer que salga, como es fácil á cualquiera despertar á una persona que duerme. Como estaban ciertos de que la muchacha estaba muerta, se mofaban de él. Entre tanto habiendo Jesus hecho salir de la habitacion á los llorones y lloronas asalariados con todos los musicos, que segun el uso del país acudian á las ceremonias funerales para tocar composiciones lúgubres, ó para impedir que se oyesen los lamentos, Jesus no quiso que le acompañasen mas que el padre y la madre de la niña, y sus tres discípulos favoritos Pedro, Santiago y Juan, y tomándola entonces por la mano, la dijo en alta voz: «Niña, levántate.» A estas palabras la niña se levantó con tan buena salud como si jamás hubiese estado enferma, y Jesus mandó que se la diese de comer. Los gritos de alegría sucedieron á los llantos; resonaron por toda la ciudad las bendiciones que se tributaban al Salvador, y muy pronto se esparció la fama de una maravilla tan brillante.

## § XXVII.

### *Mision de los setenta y dos discípulos.*

Creciendo todos los dias la miés, hizo entender Jesus á sus discípulos la necesidad que tenia de operarios para cultivar un campo que tanto tiempo hacia estaba erial; y habiendo ya elegido sus doce apóstoles que correspondian á las doce tribus, como si el Salvador hubiese querido elegir un apóstol para cada tribu, quiso tambien elegir setenta y dos discípulos para que trabajasen bajo la direccion de los apóstoles, y en este número se ven seis discípulos por cada tribu, á la manera que Moisés habia elegido setenta y dos personas, seis por cada tribu, para partir con él el peso de los negocios. Habiéndoles reunido en rededor suyo: «Id, les dijo, por todo el país, yo os envio como corderos en medio de lobos (*Luc.* 10): no lleveis ni bolsa, ni saco, ni calzado; esto es, como dice S. Mateo (*cap.* 6), no tengais ni oro, ni plata, ni moneda alguna en vuestra bolsa.» El designio del Salvador no es obligar á sus apóstoles y discípulos á ir con los pies desnudos, ni prohibirles el uso de un baston para apoyarse;

43.